

formada por separado en una coleccion de mis recursos de fuerza, donde puede leerse á la larga.

Viendo, pues, la felicidad con que había terminado todas las causas, cantando las victorias por el número de los pleitos, me concebían las gentes coronado de laureles y empuñando palmas. «Ud. entrará en Puebla, me decían, con todo el ayre de triunfo, y con mil demostraciones de sus habitantes.» Y el Sor. Don. Emeterio Cacho, Auditor de Guerra y Oydor de la Real Audiencia, que me había honrado con su amistad y había escrito de mí los mas altos elogios al Obispo, me decía chancéándose, «á Ud. lo reciben baxo de palio los Poblanos.»

Todo esto saltando por mis cascos, me hizo esperar que á mi arribo á Puebla recogería las mayores expresiones. Apoyaban no poco mi concepto la consideracion de la corta cantidad de dinero, que erogué en cinco litigios en que se invirtieron nueve meses, y las muchas personas que me pedían cartas de recomendacion para sus pretensiones, mirándome como el resorte más poderoso de la Mitra. Yo, en fin, no veía la hora de estar en ella, en la que ya me concebía Provisor y Vicario General, empleo que me llenaba por su nombre y representacion.

Sólo este pensamiento pudo hacerme sobrellevar la separacion de Flora, de quien era ya enteramente mi corazon. Su tierna despedida lo atravesó medio á medio, siendo indicio de mi dolor dos raudales de copiosas lágrimas. Las suyas como hermosas perlas brotaban de sus ojos, deslizándose por las encendidas mexillas é inflamando más mi pecho. ¿Qué corazon hay tan insensible que no se conmueva en lance semejantes? ¿I qual seria mi dolor, quando á esta tierna scena se siguió la lamentable de mi amado protector el Sor Serrato, quien medio restablecido de un insulto se despidió diciéndome, «deme Ud. un abrazo, por que me parece es la última vez que hemos de vernos?» Pero echemos un velo sobre tan dolorosos objetos.

Despedido de todo el mundo y lleno de esperanzas, partí de México en compañía de Eusebio, que quiso darse un paseo á mi lado, y ser testigo de las satisfacciones que me prometía. A la mitad del monte nos salió al encuentro Joaquín con mis padres y mi hermana, y continuamos toda la viajata, creyendo que en las cercanías de la Ciudad nos recibirían innume-

rables gentes. Nos engañamos en esto, porque á nadie le ocurrió el pensamiento de hacer tal ceremonia, y nos entramos con el mismo acompañamiento que traíamos sin añadidura alguna.

## APUNTE 8.

### Recibimiento.

Llegamos al medio dia, y luego á la tarde pasé á besar la mano al Prelado. Me recibió, como quando iba de Acaxete ni más ni ménos, y sólo añadió la expresion, «¿con que en fin hemos ganado todos los negocios?» «Si Señor, le respondi, ha favorecido Dios nuestra causa.» «¿I qué casta de hombre, continuó, es ese Fiscal que se empeña en causas tan malas?» Esto me hizo sospechar que no tenía muy alto concepto del triunfo que habiamos logrado, pues lo atribuía sólo á la bondad de nuestra causa. Despues de contestarle lo mejor que pude á su última pregunta, me dixo: «esta mañana he firmado á favor de Ud. el nombramiento de Promotor Fiscal, porque es toy enfadado con la decidia del que lo sirve.»

Me inmuté de tal suerte, que no sé como no lo conoció en mi semblante. Aturdido con tan inesperado premio, no acerté á responder cosa alguna, y procuré despedirme lo más breve, para entregarme á las reflexiones que se me atropaban pasada la sorpresa. Salí del Palacio episcopal sin sentir donde pisaba, y sin veer los objetos que se me ponian delante, ocupado enteramente de mis pensamientos.

Veía se reputaban en poco mis servicios tan ponderados ántes en las cartas; que en un momento se habían ajado mis palmas, secado mis laureles, y desplomábase las elevadas torres que había edificado en el cerebro; pues en vez del Provisorato que aguardaba, se me confería la Promotoria Fiscal y se me daba porque había enfadado el sugeto que la servía.

Semejante empleo había sido grada para Curatos de inferior graduacion al de Acaxete. Quando yo era un mero Collegial, me expresó S. Ilma. que era vicoca para mí, y queriendo despues que lo sirviera, no lo pensó sino con el agregado del Rectorado, Regencia de Estudios y una Cátedra de Prima del Seminario; pero entónces ya Cura, y quando aca-

baba de servir á la Mitra, se me daba mundo de todo agregado. Se añadió, que por él, no era de renunciar el Curato, ni tampoco era excusa de su residencia; á más de que con renuncia del Beneficio me originaba más gastos, que lo que importan sus cortos emolumentos.

Me retiré á mi posada á lamentar mi desgracia con Eusebio, quien se opuso abiertamente á que aceptase el empleo. La noche entera me pasé llorando, y entendido al día siguiente de que los hombres sensatos opinaban renunciar, expresándomelo inmediatamente algunos de ellos, pasé á ver al Dor. Arancibia, suplicándole disuadiese á S. Ilma. el pensamiento. Lo encontré por el mismo dictámen, olvidado de sus promesas de renunciar en mí el Provisorato, ganado el asunto de Arenas. «Pues si Ud. no hace este oficio, le dixe, me veré precisado á mover todos mis valimientos, para librarme de una carga que me es gravosa y desagradable; y caso de no conseguirlo por este medio, renunciaré el Curato y me pasaré á otra Diócesis. Yo no pido que me den cosa alguna sino solo que me dexen como me estoy.» Con esto me despedí.

No hubo familiar alguno de S. Ilma. que me pagara la visita, sino el Dor. Arancibia que al quarto día me soltó una papeleta en mi posada. Entretanto, me habló muchas cosas relativas á que me sostuviese en la renuncia, persuadiéndome á que el Dor. Pérez, Secretario de Gobierno, era quien influía el pensamiento de hacerme Promotor, con la mira de opacarme baxo el aspecto de premio, y que tenía empeño en hacerme aceptar la plaza. No sé lo que había de verdad en la materia, pero no faltaban indicantes de lo que se me afirmaba. El Provisor me dirigió emiasrios que me docilitaran, afirmándome que, segun ellos transcendian, su mira era proporcionarme con la Promotoria para el Provisorato.

No me persuadi á ello, porque el Dor. Arancibia no me lo decía, aun apurando todos los medios de allanarme: lo que era sospecha de que rehusaba darme prenda con que argüirle despues, y sólo quería me moviese por dichos agenos, que nada obraban contra sí. Se añadía que para el Provisorato no se necesita proporcionarse con la Fiscalia, quando los más Provisores no han sido Promotores, y caso de estimarse no cesaría esta circunstancia: yo acababa de fungir las veces de tal en los negocios más graves que han ocurrido á la Mitra. Sobre todo, ¿qué importaba que en realidad

fuese el que me decían el pensamiento del Provisor, sino lo era del Obispo, quien me hacia Promotor por haberse enfadado con el que tenia? I aun siendo tambien pensamiento suyo, no debía esperarse su verificativo, demorándose; pues estaba muriéndose todos los meses S. Ilma, por sus achaques y sus años que son penososos.

Me negué, pues, al servicio de la plaza, aun prometiéndome me agregarían la de Defensor del Juzgado de Testamentos, quando vacase; porque esto mismo me hacia entender, llevaban muy á la larga el promoverme al Provisorato, caso que lo pensasen. ¿Ni qué confianza podía yo tener de unos hombres, cuyas promesas estaba ya palpando que fallaban? Quedó incomodo el Prelado, aunque lo disimuló, porque el Sor. Cacho, por súplica mía, le escribió no me estrechase á ser Promotor, supuesto no me agradaba.

## APUNTE 9.

### Gala.

Así que en el Obispado perdieron la esperanza de que yo aceptase la gran plaza á que me destinaban, mirando que ni por bien, ni por mal me sacaban de mi resistencia, me dijo su Ilma. que había mandado á su Mayordomo, me diese una galita por los servicios que le había hecho. «Yo no he servido á V. S. Ilma. le respondí, por interés, y me correría mucho de recibir qualquiera cosa.» «No es paga, continuó, sino una friolerita en demostración de mi gratitud y cariño» Pero ¿por qué no me la ofrecieron recien llegado, dejando pasar más de quince días?.

Si he de decir lo que pienso, en lo que tal vez me engañaré, parece que querían excusarla con el nombramiento de Promotor, llevando así la expectacion del Público, al mismo tiempo de desprenderse del sujeto que no les agradaba. En una palabra, trataban de premiarme á poca costa y con utilidad propia, del mismo modo que el Portugues de la comedia *la Viuda sutil*, que correspondió un gran servicio, dándole al autor una patente de criado suyo.

Pasados algunos días despues de la contestación con el Prelado, me dixo el Provisor que en su quarto tenia la galita

con que me obsequiaba S. Ilma, que embiase por ella. No lo hice, porque creí debían mandármela á mi casa, y me abochornaba además con embiar un criado mio para que se la entregasen; pero habiéndome requerido más y más con repetidas instancias á que embiase por ella, hube de hacerlo, y al momento la entregaron y vino á mis manos.

Habrá lector que se imagine ya un caliz de oro, ó una caja de polvos exquisito, ó un corte de hábitos, ó bien otra alhaja de gusto; pues no fué así. Se reduxo á quinientos pesos en plata metidos en una bolsa ordinaria de palma, de las comunes que nombramos en el país tompeates, cuya boca liaba un cordel burdo, que llamamos mecate. Con ménos gasto se pudo comprar qualquiera friolera, que yo hubiera agradecido más. Por que á la verdad los pesos en plata, no son gala para un hombre de honor, ni tampoco la cantidad era paga, importando más lo que perdí en el Curato, ya por no asistirlo, ya por remunerar al Clérigo que suplió mi ausencia de nueve meses. Había quien regulase mis honorarios en diez ó doce mil pesos, y el que ménos en cinco.

Estube por devolver los quinientos que se me dieron, y sólo me contube por no irritar al Prelado, recayendo la devolucion sobre la fresca renuncia de la Fiscalia. Por la misma razon me abstube del pensamiento de ir á una plateria y comprar una alhaja que valiese quinientos pesos, para regalarla á S. Ilma, diciéndole se la había traído de México, porque habiéndose ya pasado algunos dias de mi llegada, luego vendría en conocimiento de que era devolucion. No hubo más sino aguantar como un perro, y dexarlos creyendo tal vez me habían renumerado competentemente.

Tuve tambien motivo de queja, porque habiéndose ausentado el Provisor por cosa de un mes, no me pusieron para substituirle, como lo habían hecho ya con otro Cura, ni aun trataron de engañarme condecorándome con alguno de los títulos colorados de Examinador sinodal, Visitador, Confesor de Monjas, y otros que con prodigalidad se reparten en la Mitra, dándose á qualquiera zote, y de los cuales carezco.

Se agregó, que habiendo vacado el Curato pequeño y de poca consideracion de Totomehuacan, pedí su interin para Eusebio, y no se me dió, siendo un Colegial Mayor, Rector quatro veces, Doctor antiguo de lucida carrera, y de nombre

sobresaliente en el púlpito y barandilla; y se confirió á un puro moralista, que tubo mejor padrino. Finalmente, no merecí de S. Ilma. me convidase un solo dia á su mesa que franquea á todos.

#### APUNTE 10.

##### Nuevo Viaje.

Era ya tiempo de que se regresase Eusebio á México, de donde había faltado tres meses. Yo le tenía prometido acompañarlo en su vuelta; y él exigió el cumplimiento de mi palabra, que hube de verificar sin gana, porque para nada esba, y traía el corazon entre los pies con todo lo acaecido con S. Ilma. Pedí á éste licencia por ocho ó quince dias, y me la concedió pasase á la Corte por el tiempo que quisiese. No era mi ánimo dilatarme, y así emprendí la caminata con el viático muy preciso, y en la hacienda del Moral, cercana á Chalco, dexé un caballo para volverme prontamente.

La vista de mis buenos amigos mexicanos, pero sobre todo, la de la cariñosa Flora, encanto que me trasportaba, comenzó á solazarme, y me hizo sacudir la tristeza que me oprimía, quedándome sólo el justo resentimiento del manejo que en orden á mi se tubo en Puebla. En virtud dél, se me ofrecian mil pensamientos, entre los que se señalaba el de irme á España recordándoseme los consejos de mi difunto amigo el Dor. Conde, y la consideracion de lo que ilustran los viajes. Pero mi familia: . . . ¡O familia, cómo abates mis alas, quando pretendo levantar el vuelo!

La reflexion de no abandonar á mis padres y hermanos calmó la pugna interior que me agitaba, decidiéndome á no marchar á Europa, y di sézgo á la afflixion de privarme de la instruccion y lima que en los viajes se adquiere. Reflexioné que el hombre encerrado dentro del circulo de la Aldea ó Ciudad de su nacimiento, es un infeliz, semejante al pollo que aun no ha salido del cascarron; però el que discurre por diversas poblaciones, aunque sean de un mismo Reyno, y trata con gentes de diferentes clases, bien puede adquirir la expedicion y despejo que necesita en la sociedad.

No estamos ya en los siglos en que para ser doctos era ne-

cesario viajar á Egipto, porque no se podía tomar la instrucción sino de la misma boca de los sabios: aun en aquellos tiempos, Aristóteles, el más afamado de los Griegos, suplió el tal viaje, segun Clemente Alexandrino y Eusebio, teniendo repelidas conferencias con un Judio. En los siglos posteriores, y especialmente en los últimos son innumerables los sujetos ilustres en literatura, que no han pisado un palmo de tierra fuera de su país. Basta referir tres, no siendo posible hacerlo con todos: ni Feyfoo salió de España, ni Benedicto XIV de Italia, ni Neuton de Inglaterra, sin que por eso dexen de ser célebres y respetables sus miembros en el Orbe entero.

Se engañan mucho los que, por sólo haber transitado los mares, se conciben superiores al que nunca ha navegado. La imprenta ha hecho á todo el mundo una Ciudad. El sabio en sus libros viaja en todas partes, y de cada nacion, y aun de cada individuo de qualquiera siglo, aprende lo bueno para imitarlo, y nota lo malo para precaberlo. No es necesario ir á China, para admirar los inventos de sus habitantes, ni á la Noruega para detestar sus mercancías del viento, vendiéndolo á los navegantes.

Y hablando especialmente del viaje á sólo España, ¿me había yo de instruir acaso por ver la Giralda de Sevilla, ó el insigne Palacio del Escorial? En ninguna manera: el trato de las gentes era el que había de limarme y pulirme. Pues este me tengo sin salir de América, donde contesto con Andaluces, Castellanos, Gallegos, Vizcaynos y quantos quiero de todas las Provincias de la Península.

Para las pretensiones, si es importantísimo el viaje; pero no siéndome posible, me conformé con mi suerte, y traté de regresar á mi Curato, único báculo para sustentar á mi familia. Andaba ya despidiéndome, quando un incidente retardó mi marcha, abriéndome una dilatada scena de sucesos no vulgares, que forman época en mi vida y darán materia á los apuntes siguientes.

## LEGAJO 7.

### APUNTE 1.

#### Pleyto ruidoso

Habiéndome ido á despedir al Pueblo de Mixcoac, fué en mi seguimiento el R. P. F. José de Sn. Ignacio, Vice-General del Orden de Belen que, no habiéndome hallado en México, é informado de mi mansion, fué á verme en ella. Su negocio era el siguiente: Hizo elecciones de los empleos del Convento de México y otros de su Provincia, las que rehusó obedecer la mayor parte de la Comunidad del primero, abogando que sus facultades eran sólo para elegir Prelados, pero no los Oficios subalternos. Quizo, pues, que yo pasase á persuadir á los Religiosos estaban equivocados en su concepto, suspendiendo por esta causa el regreso al Curato.

Le respondí no podía detenerme largo tiempo sin licencia de mi Obispo, de quien me había despedido por solos ocho ó quince dias. Pero el allanó el obstáculo escribiendo á S. Ilma. y obteniendo su permiso para que recidiese yo en la Corte todo el tiempo que demandasen sus asuntos. En esta virtud ya no pensé en el viaje, y empapado en las constituciones y otros recados del Orden tuve dos sesiones con aquellos Religiosos. Nada saqué de ellos, porque estaban ya resueltos á resistir á todo trance, y las razones era más fácil que penetrasen en las paredes, que en aquellos ánimos endurecidos con una enemiga declarada á su prelado.

Este se irritó del manejo de sus súbditos, y mirando que para ellos nada valían la suavidad y prudencia, vibró el rayo del anatema, fulminando contra los que no lo obedeciesen dentro de tres dias, los que cumplidos deberian incurrirlo por el mismo hecho y sin necesidad de nueva declaracion. Ellos interpusieron recurso de fuerza en la Real Audiencia; pero no pidieron previniese ésta se alzasen las censuras, quedando por lo mismo en su vigor y fuerza.

El ruido que hizo en la Ciudad este negocio, fué corres-

pondiente á la multitud de interesados que hablaban dél hasta en los mostradores de las tiendas, soltando mil especies ajenas de la verdad, ó en las que á lo ménos se defiguraba de tal modo, que su madre misma, si la hubiera, no la hubiera conocido. Como eran muchos los contrarios del Vice-General, levantaron la voz, y á gritos persuadieron á la mayor parte de las gentes á que les asistía la justicia.

¡Qué lástima, dicen muchos, que el Dor. Alcocer se halla metido en un negocio, en que sin duda pierde el crédito ganado en los anteriores de inmundicia! Y el Patrono de los Padres resistentes, el Licenciado Don Agustín Gómez Eguiarte, Abogado de reputacion y de los más antiguos, añadía no había yo reflexionado iba á tener al frente un Letrado, que me contradixese y confundiese. Estos dichos y otros del mismo calibre, que llegan á mis orejas, no me hacian temer; pero si la proteccion que ya se me comenzaba á traslucir disfrutaban los contrarios, y el ardor con que veía habian tomado el negocio.

Miéntas llegaba el dia de su vista, me metieron en algunos otros los amigos, conformándose con que firmase en los puramente seculares. Fueron varios y de gravedad los que defendí en el tiempo que duré en aquella Corte, los que seria muy largo referir. Tube la fortuna de ganarlos todos, sirviendo en ellos á personajes de la primera gerarquía, y adquiriéndome amistades apreciables, que deben ser el principal fruto de la profesion para quien no la vea como mercenaria.

## A P U N T E 2 .

### Lance apretado.

Antes de que se viese el negocio de los Belemitas, al entrar un día en mi posada á la hora de comer, me avisó el portero me había buscado cierto Señorón que nombró, y arriba me dixo un criado que de la casa del mismo sugeto habian embiado á suplicarme, estubiese en ella á la tarde, que importaba mucho. Executé lo que se me pedía y, preguntando al Caballero que me mandaba, respondió que no habia embiado recado alguno, ni me necesitaba

aunque si había pasado á visitarme, por transitar casualmente por mi posada: «Pues desde luego, le dixe, será la Señora quien me llama.»

Me dirigí á la pieza de su Madama, la que encontré yéndose ya para el paseo: «qué tarde ha venido Ud.! exclamó, quando lo deseaba con ansia, por necesitarlo urgentisimamente, pero ya no puedo ahora detenerme: venga Ud. mañana temprano, y hablaremos, mas nada diga Ud. á mi marido, porque es reservado el asunto, que hemos de tratar.» Me helé al contemplar lo que ya había dicho al marido, pero lo compuse volviéndome á él prontamente y diciéndole: «todo lo equivocan los criados, ni la Señora ni Ud. me han enviado á llamar, sino que mi mozo desde luego, avisándome el portero que Ud. me había buscado, entendió que me había enviado á llamar.»

Pasé inquietisimo aquella noche, y al dia siguiente, ocurrió á la citacion, deseando salir de dudas. La Señora, cubierto de grana su rostro y fixos los ojos en el suelo, señales del rubor que la ocupaba, me impuso en breve, cómo arrastrada de una pasion había caído en una fragilidad con un Caballero principal, de cuyas resultas se hallaba en cinta cinco meses había, sin que en más de un año la hubiese tocado su marido, por lo que no podía atribuirle la obra que encerraba su vientre. Se agregaba que el verdadero autor de ella no se creía tal, ni quería persuadirse aunque se le había dicho; faltándola por lo mismo el favor del único que debía dárselo en semejante angustia.

Revosando en su semblante la amargura y bañada en sus lágrimas, me dixo: «Ud. conocerá qual será mi aflixion y la situacion crítica en que me hallo, pues le revelo un secreto que de ninguno debía recatar más. No se me esconde lo que Ud. se habrá ofendido al saberlo, y las armas que contra mí le doy para confundirme; pero vivo tan engreida en el verdadero amor que me profesaba, y confío tanto de su manejo y talento, que he atropellado quantas consideraciones deberían contenerme, acogiéndome al amparo del mismo á quien he ofendido. Ud. me ha de sacar de la congoja que me oprime, y ha de dirigir enteramente este negocio.»

Pronunció esto último en un tono tan lastimero, dirigiéndome tiernamente una mirada al soslayo, y daba tal vivo á los razgos de su dolor su extraordinaria hermosura, que hu

biera ablandado las peñas y los diamantes mismos. ¿Cómo pues, no se conmoviera mi corazón de suyo tan sensible? El varón de esta aventura galante, era el Marqués... y la dama nada ménos que la bellísima Nise á quien quería con extremo, á pesar de mis quejas y sentimientos. Los depuse enteramente, y me resolví á ampararla á toda costa.

Lo primero que me pareció debía hacerse, era ensanchar su corazón demasadamente abatido, lo que no juzgaba conveniente en su situación. Recogí, y encerré dentro de mí la sorpresa que iba ya á derramarse por mi semblante, y desentendiéndome de las justas reconvenciones, que podía hacerla, pero que ya venían al caso, la pregunté con desenfado: «¿eso es todo? Yo me creí mayor el asunto, según sus preámbulos: es una friolera, que se remediará fácilmente: no tenga Ud. cuidado.»

Semejantes expresiones tubieron el efecto que me deseaba. Al punto se serenó su semblante, se reanimó aquella hermosura que parecía iba á fallecer, y resplandeció en sus ojos un gozo inesperado, apareciendo tan bellos, como los astros al salir de su eclipse. «¿Y qual es el remedio? me preguntó luego.» «Son tantos, le respondí, que es menester pensar despacio, para escoger entre ellos el mejor, por lo que á ninguno me resuelvo todavía.» La hablaba así por consolarla; pero yo en la realidad no encontraba uno, trasladándose á mi corazón la aflixion del suyo, lo que tube á bien por descargar de ella.

### APUNTE 3.

#### Proyecto para salir del lance.

En aquel mismo día vi al Marqués y pintándole la amargura de Nise, lo persuadí á lo que rehusaba creer, empeñándolo en el lance, y echando por lo mismo sobre su corazón una lápida sepulcral. «Pues ¿qué hago ahora?» dixo, inclinándose á un lado la cabeza, y apretándose las manos que juntaba con el pecho. Procuré consolarlo, prometiéndole buscaría salida al lance, y él continuó: «en manos de Ud. lo pongo, sólo Ud. ha de sacarnos dél, y no se pare en dineño, aunque se gasten muchos miles.»

Toda la noche siguiente me desvelé, revolcándome en la cama: con mil bástulos, y medidas que tomaba, tiré mil líneas, formé muchos proyectos, hice innumerables cálculos, y por fin nada discurri que me agradara. Ni Arquímedes se ocupó tanto de sus problemas, como yo lo estaba de mi negocio. Palpaba la dificultad de que el parto fuese un secreto, siendo imposible separar sin nota del trato frecuente de las gentes á una Señora de tanto viso. Y lo que es más, no veía como apartar de la Corte al marido; pues á nadie es fácil echar de su casa, mayormente quando sus intereses lo obligan á residir en ella: y este era el primer paso que debía darse, llegado el tiempo del parto.

Después de una larga meditacion, di con pensamiento que calmó mi inquietud. Se apareció á la sazón un charlatán que contaba prodigios de su pericia médica, como es costumbre en los de su clase. El marido de Nise adolecía de una deformidad en el rostro, de cuya sanidad habían desesperado los buenos facultativos, y él por lo mismo había abandonado la curacion. Me pareció, pues, la cosa más natural del Mundo, hacerlo creer encontraría su remedio en el Charlatán, del que no sería difícil conseguir con el oro, le mandase mudar temperamento léxos de la Corte. Para la Señora medité igualmente la mandase su Médico retirarse á uno de los Pueblos inmediatos, para apartarla del comercio de las gentes.

Tiré las primeras líneas de la obra, y comencé á plantearla. Gané al Charlatán, quien prometió al marido sanarlo perfectamente, y él por lo mismo se puso en sus manos, haciéndole yo creer que era un Esculapio. Nise comenzó á quejarse de las resultas de una caída que se había dado en la escalera de su casa, y su Médico, que estaba ya de acuerdo con nosotros, falló necesitaba de una seria y prolixa curacion, para impedir se la formase llaga en las caderas. Ambos consortes principiaron su cura, aunque el primero no la tenía, y la segunda no la necesitaba; pero el fin era proporcionar el mandato de mudanza de temperamento, quando fuese necesario.

No restaba otra cosa por entónces, sino ocultar el bullo del biente, cuya hinchazon iba creciendo por momentos. La moda de los fúnicos nos sacó de este cuidado, porque un elieve de trapos al pecho despegaba el tronco de Nise del